




STARCRRAFT
HEART OF THE SWARM



La educación del soldado
de primera Shane

Robert Brooks

—Todos y cada uno de estos hombres y mujeres jóvenes se ofrecieron voluntarios —dijo el emperador Arcturus Mengsk—, y tras meses de sacrificio y duro entrenamiento se han ganado un lugar en el noble cuerpo de soldados del Dominio. Se han unido a la vanguardia de la humanidad. Han elegido enfrentarse a un universo implacable.

Murmullos de aprobación resonaron en la abarrotada sala de actos. La luz del día entraba a raudales a través de las ventanas que recubrían la pared del este, destacando al líder del Dominio y a las cinco largas hileras de reclutas elegantemente vestidos que estaban en posición de descanso frente a él.

Uno de esos reclutas —el joven de diecinueve años Geoff Shane, que pronto sería el soldado de primera Geoff Shane— libraba una batalla particular que estaba perdiendo. Era tal el esfuerzo por no exhibir una amplia sonrisa que casi le parecía que le iba a estallar la cabeza, y las comisuras de los labios se le iban para arriba sin poder evitarlo.

El emperador está hablando en mi incorporación a filas. El héroe de Korhal en persona. Le parecía increíble. Tenía ganas de pellizcarse, pero no se atrevía a romper la posición de descanso. Sería impropio de un soldado del Dominio.

—Todavía nos enfrentamos a terribles amenazas. Dos razas alienígenas salvajes y sedientas de sangre nos contemplan con envidia —dijo Mengsk—. Los parias de la humanidad, los canallas y los disidentes siguen actuando contra intereses humanos para rebelarse contra el Dominio.

El emperador Mengsk echó una mirada a las filas de nuevos reclutas. —Pero hoy, honramos a estos reclutas. Celebramos su triunfo. El entrenamiento ha terminado. Ahora, los ponemos en el camino de la victoria sobre nuestros enemigos.

Los ojos del emperador se posaron en Shane. Sin pensar, Shane giró la cabeza para encontrar la mirada de Mengsk, al que miró con una sonrisilla tontorróna... hasta que recordó, demasiado tarde, que se suponía que tenía que mantener la vista al frente.

Shane volvió a mirar hacia delante con un leve aspaviento. Mengsk se rió.

—Veo que estos jóvenes héroes están listos y dispuestos para hacer frente a todo lo que el universo les eche —dijo—, aunque puede que alguno necesite aún un poco más de entrenamiento.

Las carcajadas resonaron entre la multitud. Shane mantuvo los ojos fijos en la insignia de acero forjado del Dominio suspendida en lo alto de la sala, tras el púlpito de Mengsk, estudiándolo detenidamente mientras la cara la ardía de sonrojo. A pesar del disgusto, la sonrisilla volvió a asomársele. Tenía la sensación de que esto se lo iban a estar recordando siempre.

Shane esperó a que el emperador continuara con su discurso. La multitud se quedó en silencio.

Pasaron unos instantes. El silencio se hacía más profundo. Y el emperador Mengsk seguía sin decir nada.

La sonrisa nerviosa de Shane se esfumó. ¿Había ocurrido algo? No se atrevía a mirar. Sus manos se cerraron en puños apretados en la parte baja de su espalda. El silencio persistía. La ausencia total de ruido se estaba haciendo ensordecedora.

A Shane se le puso la piel de gallina. La sala no solo parecía estar en silencio, sino vacía. Totalmente vacía.

No había susurros, toses ahogadas, niños inquietos. No se oía respirar. Nada en absoluto que indicara que había cientos de personas sentadas a solo unos metros detrás de él.

La sangre le martilleaba en las orejas. La frente se le llenó de gotas de sudor. La cabeza le comenzó a doler y el miedo le hizo un nudo en el estómago. Continuó contemplando la insignia, con un temor irracional a echar una mirada al podio.

Se imaginó que el emperador Mengsk y todos los espectadores y reclutas lo estaban mirando fijamente. Esperando a que cometiera algún otro error indigno de un soldado del Dominio.

Solo un vistazo rápido —se dijo a sí mismo. Pasaron unos momentos. Shane no podía hacerlo—. Solo los ojos. Solo un segundito. Al emperador le ha hecho gracia antes. No le importará.

Shane seguía sin poder moverse. Quería que el discurso continuara. Quería que la gente se riera. Quería cualquier cosa que hiciera que el dolor de cabeza y la desagradable presión en su cráneo desaparecieran.

Finalmente sus ojos se lanzaron en una mirada fugaz. Shane no podía creer lo que estaba viendo. Giró la cabeza y miró directamente al podio.

Mengsk ya no estaba.

Tampoco ninguno de los demás reclutas. Shane se dio la vuelta, alarmado.

El público tampoco. Shane estaba solo en la sala de actos desierta.

El desconcierto lo dejó inmóvil. Eso no era posible. Una persona podía escabullirse sin hacer ruido entre una multitud, pero ¿cientos? ¿Todos? ¿En un instante?

No. Todos no. Había una figura solitaria sentada en la última fila al fondo de la sala, apartada de la luz directa del sol que entraba por las ventanas. Era grande y voluminosa, demasiado para sentarse cómodamente en los asientos de la sala.

Shane reconoció la silueta de la figura. Era un soldado. Un soldado del Dominio totalmente ataviado con una armadura de combate.

—¡Eh! —Shane se sorprendió por el pánico en su propia voz—. ¡Eh!

No hubo reacción. El soldado de la armadura parecía estar mirando al suelo.

—¡Eh, tú! —dijo Shane a voz en cuello. Nada. Ni la más mínima respuesta. Shane se sintió invadido de repente por la furia—. *Ha sido él* —sabía Shane de un modo irracional—. *Ese soldado*. —Fuera lo que fuese lo que le había pasado a la gente era culpa del soldado. Tenía que serlo. Shane nunca había estado tan seguro.

Este tenía que ser el día especial de Shane. Su graduación del entrenamiento básico. El comienzo de su glorioso servicio en el ejército del Dominio. La cabeza de Shane era un infierno de rabia ardiente. Le iba a arrancar la armadura a *ese soldado* aunque fuera a dentelladas.

Shane inspiró hondo y chilló: —¿*Qué has hecho?*

Ninguna respuesta. Aquello era demasiado.

Shane echó a correr por el pasillo central entre filas de asientos vacíos, con la vista centrada en el soldado solitario. *Ese soldado*.

Shane recorrió la distancia en unos pocos segundos y se arrojó con un alarido y enseñando los dientes hacia la figura de la armadura. Shane extendió los brazos.

El soldado no se había movido, ni se había inmutado, hasta que Shane se había lanzado al aire.

Entonces levantó la mirada.

El infierno se congeló en un instante. El tiempo pareció detenerse. La presión en la cabeza de Shane aumentó a un nivel agónico.

La cara que le devolvía la mirada al Geoff Shane de diecinueve años era la cara cansada y maltratada por la guerra de Geoff Shane. Un Geoff Shane más viejo y de ojos inexpresivos, inhumanos.

El impulso de Shane lo llevó inexorablemente hacia el soldado. Hacia sí mismo. Sus dedos extendidos rozaron la armadura metálica del soldado. Era muy, muy fría.

Shane parpadeó.

—Todos y cada uno de estos hombres y mujeres jóvenes se ofrecieron voluntarios —dijo el emperador Arcturus Mengsk—, y tras meses de sacrificio y duro entrenamiento se han ganado un lugar en el noble cuerpo de soldados del Dominio. Se han unido a la vanguardia de la humanidad. Han elegido enfrentarse a un universo implacable.

Murmullos de aprobación resonaron en la abarrotada sala de actos. La luz del día entraba a raudales a través de las ventanas que recubrían la pared del este, destacando al holograma del líder del Dominio que se proyectaba en el escenario elevado.

A plena luz del día, el holovideo de tamaño natural parecía brillar y titilar. El carisma del emperador Mengsk refulgía incluso en una imagen transparente que se alzaba sobre el podio y las cinco largas hileras de reclutas que estaban en posición de descanso frente a él.

El joven de diecinueve años Geoff Shane, que pronto sería el soldado de primera Geoff Shane, estaba tieso de terror.

¿Qué ha pasado?

Asesinato. Shane había intentado asesinar a alguien. —*Has intentado matarte a ti mismo* —susurró su mente. No. Era un sueño. Estaba claro que no podía haber sido real.

Lo había imaginado. Había soñado que el emperador Arcturus Mengsk había venido en persona a su graduación del entrenamiento básico; eso era todo. *En los sueños ocurren cosas irracionales*. Shane supuso que debía alegrarse de que en el sueño sus pantalones no hubieran desaparecido junto al resto de asistentes.

¿Sueles quedarte dormido de pie delante de cientos de personas? —le contestó su mente. Shane se movió inquieto.

—Todavía nos enfrentamos a terribles amenazas. Dos razas alienígenas salvajes y sedientas de sangre nos contemplan con envidia —dijo Mengsk. Shane supuso que el discurso estaba pregrabado. ¿Qué probabilidad había de que el líder del Dominio tuviera tiempo para organizarse el día en función de la ceremonia de graduación de un entrenamiento básico?

A Shane le dolía de nuevo la cabeza. La presión se le acumulaba en el cráneo como si su mente estuviera conteniendo el aliento y comenzara a sentir las primeras punzadas de sed de aire. Ya era más fuerte que cualquier otro dolor de cabeza que hubiera tenido jamás, y no mostraba señales de remitir.

Shane tragó con fuerza e intentó centrarse en el discurso de Mengsk. Pasaron unos instantes hasta que se dio cuenta de que el emperador se había quedado callado. Otra vez.

No. No era posible. Shane se arriesgó a echar una mirada al podio. El holograma ya no estaba.

No, otra vez no —pensó Shane—. Se han ido todos otra vez; lo sé...

Giró sobre sus talones en estado de pánico, listo para huir. Los rostros de casi un millar de ciudadanos del Dominio miraban fijamente a Shane.

Se quedó inmóvil. La cabeza le dolía. Sus ojos fueron rápidamente de aquí para allá. ¿Lo estaban mirando también los demás reclutas?

No. No lo miraban. Ya no estaban allí. Todos los ojos de la aglomerada sala de actos estaban puestos en él. Se fijó en la expresión dibujada en los rostros de la multitud: asco. Miedo. Terror. Rabia. Curiosidad. Lo miraban como a un monstruo.

¿Y qué he hecho exactamente para merecer eso? —La ira estalló en su interior. De nuevo—. ¿Qué están mirando todos? —preguntó Shane en voz baja. Siguieron mirando.

Impulsos terribles y sombríos brotaron en su mente. Visiones de muerte desbocadas. Su furia parecía liberadora, maravillosa, natural, práctica y justa.

Una silueta al fondo de la sala llamó la atención de Shane. ¿Había alguien de pie? No. Era simplemente una figura grande y voluminosa sentada en un asiento demasiado pequeño para ella.

Era un soldado totalmente ataviado con una armadura de combate.

Los pies de Shane lo llevaron por el pasillo central a toda velocidad. El dolor y la furia en su cabeza se desbordaban y sus palabras rompieron el silencio mientras corría.

—Te mataré, te carbonizaré.

En su estado de ira no se dio cuenta de que la expresión de la gente seguía siendo exactamente igual. Los ojos del público lo seguían. Parecían ajenos a su arrebató.

Shane se acercó al hombre inmóvil del traje de combate. Quería tirársele encima. Desgarrarle la armadura y destruir a la persona que había dentro.

—Déjanos ayudar. —El soldado de la armadura pronunció las palabras bajito, pero se abrieron camino entre el delirio bronco de Shane.

Shane patinó hasta detenerse a tan solo unos pasos de distancia. Se quedó mirando incrédulo. El soldado había hablado con la voz de Shane.

El hombre de la armadura no se había movido. Continuaba mirando al suelo. *—Déjanos ayudar —repitió.*

Shane no sabía qué responder. La frase no tenía ningún significado para él. *¿Ayudar a qué?*
—¿Quién eres?

El soldado alzó la cabeza, mirando a Shane a través del protector facial transparente del traje de combate. No respondió. No le hacía falta. Shane vio su propia cara, marcada por la guerra, devolviéndole la mirada.

Alguna terrible verdad escapaba apenas al entendimiento de Shane. Conocía la respuesta, pero algo evitaba que saliera a la superficie. Algo la había arrinconado en su mente. La multitud silenciosa seguía mirándolo. Solo a él. Todos los ojos fijos en Shane. Su dolor de cabeza aumentaba.

—Esto es un sueño —dijo Shane. En su mente flotaban fragmentos que había oído en un viejo vídeo en el que doctores estirados hablaban sobre los sueños—. Eres la parte chunga de mi cerebro de la que no hablo. Mi subconsciente, ¿no?

El soldado negó con la cabeza. —Nosotros no somos tú —dijo—, todavía.

—¿Nosotros? —La voz de Shane era calmada. Sus emociones no—. ¿Quién es *nosotros*?

El soldado levantó un brazo y señaló hacia las ventanas de la pared del este. Shane echó una mirada y no vio más que la luz del día. Miró detenidamente al soldado antes de ir hacia las ventanas. Los ojos de la muchedumbre lo seguían.

Shane se detuvo a un par de pasos de la pared del este. —¿Qué tengo que buscar?

—A nosotros.

—¿Y eso qué significa?

No hubo respuesta. Shane contuvo una nueva oleada de furia y miró por las ventanas.

Todo era un hervidero. Más que todo. Tenía la impresión de que el terreno en sí eran llanuras, tal vez praderas con unas cuantas arboledas desperdigadas, pero lo que veía en lugar de eso era caos en retorcimiento, un paisaje salvaje de colinas y valles vivos, orgánicos.

Todo el cuerpo de Shane se aflojó. Se tambaleó sobre sus pies. Solo se mantuvo en posición vertical a fuerza de voluntad.

Pequeñas criaturas de cuatro patas correteaban de aquí para allá, zigzagueando en el camino de grandes organismos reptantes. Bestias descomunales de docenas de metros de altura avanzaban pesadamente. Piras de carne palpitante se agitaban como brazos sin huesos, y picos imponentes de pura masa viviente parecían engendrar aún más criaturas a centenares a cada momento que pasaba.

La vista se extendía hasta el horizonte y más allá. Shane percibía planetas enteros repletos de esas criaturas. Todavía había más viajando por el cosmos en busca de nuevos hogares. La magnitud era alucinante, muy superior a lo que podía imaginar, pero en su consciencia percibía aún más miles de millones de criaturas, todas trabajando en atroz armonía.

Eran los zerg. Todos los zerg. El Enjambre en sí. Le estaban dejando verlo. Le estaban *haciendo verlo*.

«*Quiénes son nosotros*» había preguntado Shane. Ahí tenía su respuesta. Eran legión.

Shane se giró. La sala de actos volvía a estar vacía salvo por el soldado del traje de combate. Shane no dio mayor importancia a la ausencia de la gente. Estaba tranquilo. Absolutamente sereno. Incluso sonrió.

—Nada de esto es real —dijo Shane—. Es un sueño.

—No. —El soldado volvió a negar con la cabeza—. Creemos que parte de esto es cierto.

—¿Qué parte? ¿La parte en la que una muchedumbre se esfuma en el aire? ¿La parte en la que me habla un soldado con mi propia cara? —La sonrisa de Shane creció hasta volverse tontorróna.

—¿Reconoces este lugar? —El soldado hizo un gesto hacia la parte frontal de la sala de actos vacía.

—Es donde me gradué —dijo Shane.

—Del entrenamiento —dijo la otra criatura.

—Sí.

—¿Estás seguro?

De repente, Shane ya no lo estaba. —Sí —mintió. Miró de nuevo por toda la sala. Él *había estado* aquí; de eso estaba seguro. Pero los recuerdos agradables de orgullo y honor que siempre había asociado a aquel día parecían diferentes, corruptos. Distorsionados.

Shane sintió que le subía bilis por la garganta cuando la débil sombra de otro recuerdo se colaba en su mente. Olía un humo dulce.

—Este hombre, Mengsk —dijo el soldado entre dientes—. ¿Te habló aquel día?

—Él... Sí —dijo Shane. ¿Lo hizo? Recordaba creer que el emperador Arcturus Mengsk le había tomado juramento al servicio, pero eso era imposible, ¿no? Tal vez simplemente el discurso se había retransmitido mediante holovideo, o quizás lo habían enviado como mensaje pregrabado. Shane no lograba recordar.

—¿En persona?

—Eh —dijo Shane, enfadado—. ¿Cómo es que estás en mi sueño? *¿Por qué me haces preguntas?*

La presión de su cabeza latía al unísono con su pulso acelerado. El dolor era inmenso.

El soldado tardó unos instantes en responder. —Ya hemos dicho que esto no es un sueño.

Ya basta de esto. Shane le dio una patada a una de las sillas vacías con toda la fuerza que pudo y la lanzó por los aires. Cayó con gran estrépito a varias filas de distancia, tirando al suelo varias sillas más en medio de un estruendo ensordecedor. El sonido era de lo más satisfactorio.

Se hizo daño en el pie por la patada. Los dedos del pie le palpitaban en armonía con la cabeza. ¿Cómo podía Shane estar aún soñando? ¿No debería el dolor físico obligarte a despertar?

Shane apuntó con el dedo al soldado. —Déjame salir. —Shane sabía en su fuero interno que la figura de la armadura era el responsable de esto. De todo—. Si esto no es del todo real, es que nada lo es. Eso significa que es un sueño. Déjame salir.

—Esto no es un sueño —dijo el Shane más viejo—. Es un recuerdo.

Se hizo el silencio en la sala de actos durante un largo, largo instante. —¿Un recuerdo?

—Sí.

—¿Un recuerdo que cambia?

—Sí

—¿Cómo va a ser eso un recuerdo?

—Es el recuerdo que recuerdas.

—Eso lo aclara *todo*. —Pese a su enfado, Shane se sentía intranquilo. Cada vez estaba más convencido de que él, ese Geoff Shane distorsionado de ojos inexpresivos, estaba diciendo la verdad como mejor podía.

El dolor de cabeza era incesante. Le parecía que la cabeza le iba a estallar pronto. Se llevó los dedos a las sienes. El dolor era cegador.

El soldado se puso en pie poco a poco. El suelo crujió bajo el enorme peso de su traje blindado. —Recuerdas a Mengsk—y volvió a decir el nombre entre dientes— hablándote, ¿no?

—Él no estaba allí. No en persona —dijo Shane con los dientes apretados. Ahora estaba seguro.

—Pero lo recuerdas así. —No era una pregunta. Shane no respondió. El soldado se irguió por completo, quedando muy encima de Shane—. ¿Sucedió realmente?

—Vale —gruñó Shane. Se cogió con las manos los lados de la cabeza. Luchaba por mantener los ojos abiertos ante el dolor—. No era real. ¿Y qué?

—Ese recuerdo es falso. ¿Qué más es falso?

La pregunta era sencilla. No hizo más que añadir el peso de una pluma a la agonía de Shane. Pero fue suficiente.

Sintió que algo se desgarraba en su mente, solo un poco. Era como si dos manos estuvieran rasgando un lienzo grueso, con pequeñas roturas abriéndose en los puntos más débiles de la tela. Se estremeció, y la realidad pareció temblar con él.

Shane veía puntitos negros flotando por la sala de actos. Pequeñas ventanas que se asomaban al profundo vacío de la locura. Iban danzando a su alrededor, y cuando chocaban entre sí se fusionaban. Algunos de los puntos minúsculos se convertían en agujeros enormes.

No había adonde huir. La oscuridad lo iba a engullir. *¿Qué más es falso?* Si la respuesta era *todo*, Shane sabía que se perdería en la demencia. Se concentró desesperadamente en la pregunta contraria: *¿Qué es cierto?*

La sala de actos. Eso era de verdad. Eso era firme. Eso era el cimiento. Shane se aferró a eso. La sensación de desgarro se detuvo. La presión no aflojó en absoluto, pero no aumentó. Los agujeros flotaban en suspensión, vibrando.

—Hemos visto esto en otros como tú —dijo el Shane de la armadura—, muchas veces. Es normal que tengas miedo. No hay vuelta atrás después de... eso. —Hizo un gesto con la mano hacia uno de los agujeros negros más grandes. El agujero temblaba como un perro frenético atado a una correa. Quería crecer. Quería tragarse la mente de Shane. Entera.

No hay vuelta atrás. Shane estaba convencido. Había algo definitivo ahí abajo. Tan solo pudo alcanzar a susurrar: —¿Cómo lo puedo parar?

La respuesta llegó sin titubeos. —Déjanos ayudar.

Shane quería gritar: *Hacedlo. ¡Ayudadme!* La presión aumentó un poco más. La oscuridad se estremecía ansiosa.

—¿Cómo?

—Eliminaremos las mentiras. Pero debes dejarnos entrar.

Los ojos de Shane se abrieron como platos. Dejarnos. A nosotros. *A ellos.* A los zerg.

Al Enjambre.

Ya estaban alcanzando su mente. Los zerg estaban aquí, hablándole con su propio rostro. Algo encajó. Podía sentir la conexión entre el soldado que tenía delante y las masas de zerg tras las ventanas. Eran uno y el mismo.

—Cabrón. —Su dolor de cabeza empeoró, pero a Shane no le importaba. Los agujeros en la realidad crecieron—. Sal de mi cabeza. ¡SAL!. —Shane se centró y arremetió sin pensar, atacando de una forma que no entendía. El soldado de la armadura desapareció al instante. Los ojos de la figura dejaron un par de sombras ardientes de tono violáceo en la visión de Shane. Miró por las ventanas y vio que los zerg también se habían desvanecido.

La presión, no obstante, permanecía. Incluso iba cada vez a peor. Ahora Shane estaba realmente solo en la sala de actos.

Se dejó caer de rodillas con los dedos entre el pelo. Sus uñas abrieron surcos en su cuero cabelludo, y cálidas gotas de sangre le cayeron por la cara.

Voy a morir.

Un silencio aullante, atronador, le raspaba los tímpanos. Shane gritó. Su propia voz sonaba débil y distante a sus oídos. Algunos de los agujeros en la realidad se extendían del suelo al techo y más allá, fusionándose aún y duplicando su tamaño a cada instante. Esa oscuridad final amenazaba con tragarse su visión.

Shane no tenía dudas de que la presión de su cabeza iba a desgarrarle la mente. Más miedo le tenía a la alternativa. *No los dejaré entrar. No lo haré.*

Esperó con los ojos bien abiertos. En cuestión de instantes, la sala de actos se deshilaría por completo junto a lo que le quedaba a él de cordura. Eso sería lo último que vería nunca más.

Su cerebro iba a cien, buscando desesperadamente una escapatoria. *La sala de actos es de verdad.* De eso estaba seguro. Todo lo demás acerca de su ceremonia de incorporación a filas parecía confuso e imaginario. Se concentró en la sala de actos. Solo en la sala de actos. Eso sería su cimiento.

La presión se desbordó, convirtiéndose en un río rugiente, amenazando con arrastrarlo a las tinieblas. Shane soltó todo lo demás y se aferró únicamente a su cimiento. La locura se abrió ante él.

La corriente esculpía canales en su mente. Shane aguantó mientras el caos descortezaba algo, dejando al descubierto una superficie cruda, primaria y suave.

El recuerdo de Shane de su ceremonia de incorporación a filas se hizo jirones, luego se convirtió en una bruma y finalmente quedó en nada en absoluto.

El discurso del emperador Mengsk había desaparecido. Los reclutas habían desaparecido.

La presión había desaparecido. *Las mentiras han desaparecido.*

La sala de actos permanecía allí.

Shane parpadeó.

—Este es el fallo solemne del Dominio —dijo el juez, mirando desde lo alto de su banco—. Del primer cargo, asesinato con premeditación: culpable. Del segundo cargo, tortura y acciones sádicas que condujeron a la muerte de la víctima: culpable. Del tercer cargo, incendio intencional que condujo a la muerte de la víctima: culpable.

Con cada veredicto crecían los murmullos de aprobación en la atestada sala de actos. La luz del día entraba a raudales a través de las ventanas que recubrían la pared del este, destacando al criminal recién condenado y a los funcionarios judiciales que estaban a su lado, sosteniéndolo de pie frente al juez.

El joven de diecinueve años Geoff Shane, que pronto sería el recluso condenado Geoff Shane, apenas prestaba atención mientras el juez seguía anunciando los veredictos de culpabilidad. Secuestro: culpable. Dishonra de una víctima de un crimen violento: culpable.

Shane se había reído cuando su abogado defensor le había dicho que lo acusarían de más de veinte cargos distintos. —¿Tantos? ¿Por una yonqui? ¿Tienen que cumplir un cupo o algo así? —había preguntado.

Le puso mala cara al funcionario judicial de su izquierda, que lo agarraba fuertemente del codo, ejerciendo una presión constante en el hombro de Shane.

Mutilación: culpable. Uso de narcóticos como ayuda para una agresión que condujo a la muerte de la víctima: culpable.

—Te mataré —le susurró Shane al funcionario—. Te carbonizaré. ¿Qué te parece?.

El funcionario se limitó a mirarlo y a intensificar la presión en el hombro de Shane, sin temblar de miedo precisamente. Shane sintió que le brotaba su viejo y conocido ataque de

furia. Una neblina roja enturbió su visión. Imaginó cómo chillaría aquel cerdo cuando ardiera vivo.

Shane podía sentir los ojos de la multitud clavados en él, mirándolo fijamente y juzgándolo. *Como si ellos nunca hubieran hecho algo malo.* —¿¡Qué miráis todos!?! —exclamó Shane, y por recompensa obtuvo un golpe con la mano abierta que le propinó el funcionario de su derecha en un lado de la cabeza. Shane le gruñó.

—El acusado debe permanecer en silencio —dijo el juez—. Del decimosexto cargo, incendio intencional con objetivo de destruir pruebas de un crimen atroz: culpable.

En lo más hondo de la mente de Shane, lejos de su exterior de sonrisa burlona y su creciente inquietud ante la extensa lista de condenas, una pequeña chispa de su consciencia observaba los acontecimientos con auténtico terror.

Esto no puede ser verdad. Esto no puede ser lo que ocurrió de verdad.

Mientras el juez iba recitando más veredictos de culpabilidad, esa misma parte ínfima de la mente de Shane trataba de negarlo todo, trataba de reprobalo como otra mentira o recuerdo falso. No lo era. Esto era su cimiento. Esto era la pura verdad a la que se había aferrado.

Libre de las mentiras, una palabra regresó al fin a la superficie: *resocialización*. El Dominio le había ocultado sus crímenes y los había sustituido por recuerdos intensos y positivos, una capa tras otra. Incluso el concepto mismo de resocialización, la palabra en sí, había sido bloqueada y enterrada hasta que el registro de su mente la había exhumado junto a todo lo demás.

Comprendía cómo se habían usado las mentiras para crearle con ellas sus propios recuerdos, anclados a algo firme y real. En vez de dictársele sentencia por asesinato, había estado frente al líder supremo del Dominio y había jurado lealtad al ejército. En vez de enfrentarse a la repulsa de una multitud vengativa, se había comprometido a prestar servicio y había recibido aplausos. Aquella bonita ficción se había modelado cuidadosamente hasta que no quedó prácticamente nada de la verdad.

Shane quería creer desesperadamente que este juicio era también una mentira. Su juicio... no, su *condena* —el juicio ya había concluido— le daba la misma sensación de peso y verdad que su cimiento. Todo esto era real.

Las mentiras habían desaparecido. Eliminadas.

Eliminadas por los zerg. Campanas de advertencia sonaron en la parte consciente de su mente.

El juez terminó al fin de leer los veredictos: culpable de los 23 cargos. Le preguntó a Shane si quería decir algo que pudiera atenuar la naturaleza atroz de sus crímenes, pero el joven de diecinueve años mostró una sonrisa tontorrna y se puso a renegar y a maldecir a todo pulmón hasta que los funcionarios judiciales lo arrojaron al suelo y le colocaron en la mandíbula un dispositivo de metal que se la inmovilizaba.

Eso solo consiguió enfurecer más a Shane. Mientras seguía profiriendo groserías incomprensibles desde el suelo de la sala, el juez dictó sentencia, instruyendo el castigo que la muchedumbre había esperado: muerte.

La sala estalló en aplausos espontáneos. El alguacil llamó al orden. Los funcionarios sacaron a rastras de la sala de actos al preso condenado Geoff Shane para aplicarle una ejecución rápida. No se aceptaría ninguna apelación. Su sentencia se ejecutaría hacia el atardecer.

Shane sabía qué venía a continuación. La parte consciente de su mente pedía a gritos que el recuerdo parara. No quería volver a pasar por esto. *Ya basta.*

Lo arrastraron fuera del transporte. Lo metieron en un edificio sin ninguna característica especial. Lo pusieron en un ascensor seguro que bajaba muy por debajo del suelo.

Ya basta, por favor.

Lo metieron a la fuerza en una sala blanqueada, aún esposado. Lo dejaron ahí durante horas, ignorando sus palabrotas y amenazas, sus gritos y su pánico creciente por su inminente paso a la cámara de ejecución.

La parte consciente de su mente sabía que no lo iban a ejecutar. Sabía que el Dominio pensaba que les sería de utilidad. Sabía que pronto llegarían los militares y lo meterían en la sala oscura con las insignias del Dominio. Lo introducirían en una de esas horribles cámaras. Y entonces comenzaría el dolor, y sus recuerdos cambiarían.

Esa sería su auténtica graduación. Su auténtica incorporación a las filas del Dominio. Suplicaba mentalmente ayuda. La que fuera.

No tardó en llegar.

Un soldado totalmente ataviado con un traje de combate estaba con él en la sala blanqueada, mirándolo con ojos inexpresivos. La luz era extraña. Sus ojos parecían brillar.

Los dos Shanes se contemplaron mutuamente en silencio durante un largo rato.

—Déjanos ayudar —dijo el soldado con la cara de Geoff Shane.

—¿Quiénes sois? —dijo Shane, quebrándosele la voz.

—Somos lo que tú podrías ser.

Shane recordó la vista tras las ventanas de la sala de actos. Recordó los inacabables campos de zerg. —¿Cómo? ¿Cómo podría acabar como vosotros?

—Pídelo.

—No.

—Déjanos ayudar —repitió el soldado.

—No necesito ese tipo de ayuda —dijo Shane.

—Sí la necesitas. Ya hemos visto dolor como el tuyo en tu especie —dijo el soldado—, con frecuencia. A vuestros líderes parece gustarles.

Shane se sintió indefenso. Sus crímenes habían quedado al descubierto ante una óptica inhumana, y los habían descrito como *dolor*. —Lo que hice no se puede perdonar.

—Nosotros aceptamos.

Aquello cogió a Shane por sorpresa. —¿Qué?

—Nosotros aceptamos.

—¿Qué, *queréis* a gente como yo? —Parecía una buena razón para negarse.

—Nosotros aceptamos, igual que hicieron ellos.

Shane escupió. Sus manos esposadas se agitaron en vano. —El Dominio no me aceptó. Ellos me cambiaron.

—Sí.

Shane oía los dos significados de la palabra: *sí*, el Dominio te cambió, y *sí*, te aceptaron.

Shane cerró los ojos con fuerza. Emergió otro concepto bloqueado por su resocialización. Recordaba soldados deformes caminando torpemente junto a los zerg, con armas y tentáculos y ningún rastro de humanidad en absoluto. Esclavizados.

Infestados.

Un nuevo terror inundó su estómago. Shane —el soldado de primera Geoff Shane— los había visto con sus propios ojos. Los había combatido. Había visto con envidia cómo los murciélagos de fuego los carbonizaban. Los infestados no habían sido nada que hubiera que temer. Eran simplemente zerg. Blancos para la munición del Dominio. La resocialización no le había permitido pensar en ellos como ninguna otra cosa.

El soldado de primera Shane se había enfrentado a los infestados en más batallas de las que quería recordar. El soldado de primera Shane había ganado.

No vio motivo alguno para cambiar de bando.

—Nosotros aceptamos —repitió el soldado.

—No los aceptasteis; los matasteis —dijo el soldado de primera Shane.

—*Tú* los mataste —dijo el soldado. Lo decían literalmente. El soldado de primera Shane había abatido a tiros personalmente a muchas de esas abominaciones.

—Ya estaban muertos antes de que yo los viera por primera vez.

—No.

—Vosotros los convertisteis en... vosotros —dijo Shane.

—Sí. Nosotros aceptamos —dijeron ellos.

—Cabrones. Vosotros... —Shane dejó de hablar. Sus palabras anteriores resonaron en su cabeza. *Ellos los convirtieron*—. No cambiaron de bando. No eligieron. Los capturasteis y los cambiasteis. —Se le revolvió el estómago.

—Lo eligieron así.

Shane apenas oyó al soldado. Su mente había establecido al fin la conexión. —O sea que a mí también debéis de haberme capturado —dijo. Su voz tembló solo un poco.

El soldado zerg con el rostro del soldado de primera Shane no respondió.

—¿Dónde estoy ahora? —preguntó Shane. No hubo respuesta—. ¿He sido capturado? Despertadme. Dejadme ver.

—No.

Sí que he sido capturado. Shane mantuvo la calma. Los humanos infestados que había visto eran deformes. Irreconocibles como humanos salvo por los dos brazos y las dos piernas. Los zerg mantenían su mente sumergida de algún modo, atrapada en sus recuerdos mientras ellos le hacían sabe Dios qué a su cuerpo.

Tal vez fuera ya uno de ellos. *Pero tal vez no.* Shane se aferró a esa idea. Quizás no era demasiado tarde. Tenía que escapar. Si lo mantenían enterrado en sus recuerdos, dormido, la huida sería imposible. Tenía que convencerlos para que lo despertaran. —Dejadme ver —dijo Shane.

—No.

—Sí.

—No hasta que nos dejes ayudar.

—No —dijo Shane.

El soldado se quedó callado por un momento, y entonces regresó a la mente de Shane aquella presión familiar. Era solo un leve atisbo de dolor, nada como la pura agonía de antes. La presión parecía ir dando vueltas y bandazos, incapaz de afianzarse, deslizándose por su mente con dedos entumecidos.

Shane sonrió. Eso no era nada. Eso podía soportarlo eternamente. —Oh, oh. Ya no funciona, ¿verdad? Qué raro. Me da que ya no os queda nada con lo que hacerme daño.

El soldado no respondió, y Shane mostró una amplia sonrisa. —¿No os podéis conectar a mi cerebro sin un poco de resocialización chungu que aprovechar? Podéis tenerme aquí inmóvil, pero no podéis volver a desgarrarme, ¿no es así?".

—Déjanos ayudar —dijo el soldado zerg.

—Cabrones estúpidos. Esa frase ya no funciona. ¿Es así como doblegáis a los soldados? ¿Los lleváis al límite de la locura y esperáis a que les entre el pánico? —Shane se quedó mirando a su doble—. Apuesto a que todo ese dolor al raspar en la resocialización funciona como un buen motivador. Y luego ahí estáis vosotros esperando, ofreciendo una mano amiga. “Déjanos ayudar”. Que os jodan.

El soldado se quedó callado. Eso a Shane ya le estaba bien. Apenas estaba entrando en calor. —Casi me destrozáis el cerebro. Casi me matáis, pero os he echado y me he sobrepuesto. —Le salió la vena sarcástica—. ¿Es algo inusual? ¿Me convierte eso en especial?

El soldado respondió al fin. —No. Otros actúan igual.

—Necesitáis nuestra cooperación, ¿verdad? No podéis aplastarnos sin más. Causa demasiado daño, ¿no? Necesitáis que yo *os deje entrar*. —Shane se rió. Era genial. *Por fin, una ventaja*—. ¿Sabéis qué? No pienso cooperar así. Jamás. Habéis perdido vuestra oportunidad y ahora no podéis obligarme. Matadme, o dejadme despertar y entonces hablaremos. Tanto me da una cosa como la otra.

El soldado bajó la vista al suelo. Parecía —*parecían*— estar pensando. Pasó un largo instante. Entonces la mirada encendida del soldado volvió a subir al encuentro de la de Shane.

—No hay escapatoria. Podríamos obligarte si quisiéramos.

—Si pudierais, lo habríais hecho —dijo Shane.

—Aún podríamos. —Los ojos inhumanos se clavaron en los suyos, y Shane oyó la voz del soldado, su propia voz, volverse foránea y fría. Cualquier intento de fingir humanidad se

evaporó—. Pero no nos hace falta —dijeron—. Puedes permanecer aquí tanto tiempo como quieras.

El soldado se desvaneció. Shane estaba solo en la sala blanqueada.

Estuvo allí durante horas. La presencia zerg ya no regresó. Los funcionarios del Dominio vinieron a por él y lo arrastraron entre gritos y forcejeos a los tanques de resocialización.

Los científicos se habían puesto manos a la obra con desgana.

La puerta del tubo transparente se había cerrado sobre él y Shane había chillado cuando el dolor comenzó al fin, pero ni los funcionarios ni los científicos le prestaron atención. Era un asesino y peor que eso. Pura escoria.

Su cabeza fue invadida por una agonía pulsátil. Los recuerdos afloraban en su mente de forma espontánea y desaparecían con la misma rapidez.

Shane no había podido controlarlo. No había entendido qué estaba pasando. Su vida había pasado ante sus ojos mientras él se retorció y maldecía.

Ahora lo entendía. Los científicos habían inspeccionado sus recuerdos. Los habían catalogado. Habían encontrado los que más daño hacían. Le habían hecho revivirlos todos. No fue hasta más tarde cuando los cambiaron.

Parpadeó. Habían comenzado por el principio, y empezó con dolor.

El niño de ocho años Geoff Shane había perdido el equilibrio y había caído de espaldas, aturdido y sangrando por la nariz.

Su padre había estado gritando, exigiendo una disculpa, con el puño aún apretado. Geoff había pedido perdón una y otra vez, algo acerca de una silla que había roto por accidente. Sentía un dolor punzante en la cabeza.

El soldado de primera Shane no estaba simplemente recordándolo: lo estaba reviviendo. La cabeza le daba vueltas. Se sentía la lengua gruesa y entumecida. Le bailaban algunos dientes en la parte izquierda de la mandíbula. Podía oler el hedor venenosamente intenso del whisky en el aliento de su padre. Oyó a su joven alter ego mascullar otra disculpa y sintió el bofetón que recibió a cambio.

Su padre quería una disculpa más sincera. —Dile a ella que lo sientes de verdad —había dicho.

No te rías, gimió el soldado de primera Shane. El chico no podía oírlo. En su aturdimiento, el niño de ocho años Geoff se había reído, sin temor. —Mamá está muerta y esa silla no le habría gustado nada —dijo el chaval con una risita.

El puño de su padre había silbado en el aire, y los recuerdos se volvieron borrosos por unos instantes. El soldado de primera Shane oyó el crujido de dos de las costillas de Geoff y sintió más dolor en su cabeza. Cuando el chico se había despertado al fin, sus pensamientos eran desordenados. El miedo había retrocedido muy lejos, pero en su lugar palpitaban la furia y el dolor. Sentía sus pulsaciones aporreándole los oídos. Su frente estaba cubierta de gotas de sudor.

Le había parecido que la cabeza le iba a estallar pronto.

Su padre se había quedado dormido. O había perdido el conocimiento. Daba igual. Geoff había estado un rato en la puerta del dormitorio observando el pecho de su padre subir y bajar. Había pensado en coger un cuchillo de la cocina o buscar el revólver "Koprulu Especial" de revestimiento cromado.

Un eructo había escapado de la boca de su padre. El olor a alcohol había impregnado la habitación.

El niño de ocho años había ido vacilante a la cocina y había reparado por primera vez en la botella casi vacía de whisky barato y fuerte que había en la mesa. Había olfateado el líquido de color ámbar oscuro. Había pensado en ello. El soldado de primera Shane se quedó en silencio y petrificado.

Cuando Geoff había tomado su decisión, había vuelto al dormitorio de su padre y había vertido lo que quedaba en la botella sobre el pecho del hombre dormido.

No. El soldado de primera Shane intentó escapar a otro recuerdo. Cualquier otra cosa. Incluso intentó volver corriendo a su resocialización. A su condena. De buena gana habría aceptado ese dolor. No funcionó. Iban a hacerle revivir cada horrible instante.

Su padre había gruñido y se había lamido los labios cuando el alcohol le había salpicado todo el cuerpo, pero no se había despertado. Geoff había encontrado el encendedor de su padre junto a sus cigarros baratos de Umoja y lo había encendido. Había sostenido la danzarina llama naranja sobre su padre y lo había contemplado. Luego lo había dejado caer.

Geoff se había sorprendido por lo despacio que habían aumentado las llamas. También le había sorprendido que su padre nunca se hubiera despertado. El humo había llenado la habitación, y el olor de tela y carne quemándose le había provocado arcadas. Había salido a la calle tambaleándose y observado cómo las llamas se propagaban por su hogar, y había recordado demasiado tarde, demasiado, que su hermana de tres meses estaba durmiendo en su cuarto.

En ningún momento intentó salvarla. Se había sentado en silencio con la cabeza entre las manos y había espiado entre los dedos, mirando a las llamas retorcerse.

Shane parpadeó. Estaba de nuevo en el tanque de resocialización, gritando de dolor, y entonces la realidad lo abandonó otra vez.

Basta, por favor.

Sus recuerdos avanzaron una década. El joven de dieciocho años Geoff Shane había atraído a una chica a su apartamento destartalado prometiéndole *snoke* gratis. La joven ya estaba enganchada. No había hecho falta insistir mucho, y al cabo de unos minutos ya se había quedado dormida, con sus ojos yendo de aquí para allá bajo los párpados en algún sueño inducido por la droga. Era lo que Shane había estado esperando.

El soldado de primera Shane no estaba simplemente recordándolo: lo estaba reviviendo. El ansia de Shane era su ansia. El placer de Shane era su placer. Era más horroroso de lo que jamás podía haber imaginado.

Ya basta. El soldado de primera Shane sabía qué venía a continuación. Intentó darse la vuelta. Trató de dejar de mirar. Pidió ayuda mentalmente. Nada de eso funcionó. No podía parpadear a menos que el Shane de dieciocho años parpadeara. No podía darse la vuelta a menos que Shane lo hiciera.

—Déjanos ayudar —oyó decir a una voz el soldado de primera Shane.

Shane había contemplado largo rato cómo subía y bajaba el pecho de la chica. Le había levantado uno de los párpados y observado la pupila dilatada. Ella no se había movido, y Shane había quedado fascinado. Luego había encendido el fuego. La chica se había despertado al fin con los ojos abiertos de par en par, mostrando unos círculos de un blanco pálido ante la luz repentinamente anaranjada.

Se había quedado cerca mientras las llamas se propagaban. Los gritos de la chica eran música en sus oídos. Los ojos de Shane habían bailado siguiendo aquella silueta que se retorció.

El soldado de primera Shane intentó despertar. Luchó por salir a la superficie, pero sentía que su mente chocaba con un techo. Los zerg lo tenían subyugado.

—Déjanos ayudar —dijo una voz.

La piel de Shane se había ampollado y agrietado al inclinarse hacia la chica. Había inspirado hondo. Había anhelado el aroma. No había nada igual en todo el universo. Era siempre tan fresco, el olor de un ser aún vivo asándose en sus propios jugos...

Se había empapado extasiado de aquella esencia tan y tan dulce, haciendo que el soldado de primera Shane se empapara junto a él. Y sí que era dulce. Era el olor del azúcar a punto de caramelo. Siempre un poco distinto, pero siempre igual.

El soldado de primera Shane rebotaba contra el techo una y otra vez. Le dolía cada una de las veces, pero ya no le importaba.

—Déjanos ayudar —dijo una voz.

Los gritos de la chica se habían ahogado, pero su débil forcejeo había continuado. Un olor nuevo e intenso había llenado la habitación. Las llamas habían rugido con vigor renovado, y Shane había sonreído. La mente del soldado de primera Shane se vio invadida de alegría y júbilo. Intentó apartarlo todo. Intentó odiarlo.

Se estaba mintiendo a sí mismo y lo sabía. Le encantaba. Siempre le encantaría.

—Déjanos ayudar —dijo una voz.

Un soldado con un traje de combate completo apareció ante el Geoff Shane de dieciocho años, casi a contraluz del infierno creciente. Shane miró profundamente a los ojos brillantes de la figura. Y parpadeó.

* * *

Dos estructuras seguían ardiendo a cosa de medio kilómetro, pero hacía rato que los últimos gritos se habían apagado. En el cielo y por tierra, el Enjambre se movía entre los escombros de la avanzada terran. La gruesa masa de biomateria se propagaba implacable, lamiendo ya los cuerpos de enemigos caídos, ansiosa por envolverlos y reclamarlos para sí.

A la sombra de los superamos flotantes, un miembro del Enjambre se dejó caer de rodillas. La criatura llevaba la armadura de los soldados del Dominio; las placas de acero apenas encajaban sobre su deformada figura humanoide. Entre los huecos sobresalían zarcillos y enormes bultos carnosos.

Dos ojos brillantes miraban escrutadores desde debajo del casco de la criatura. Su respiración era constante pero pesada. A su alrededor se formaban espirales de humo. La criatura olfateó y resopló. El olor no era muy dulce.

Cerca, un zergling saltó por encima de los restos humeantes de un espectro del Dominio. Aquella criatura más pequeña y de cuatro patas miró al ser de mayor tamaño, con las guadañas que tenía por mandíbulas tableteando alegremente frente a una sonrisa de amplios colmillos.

La criatura bípeda y de mayor tamaño miró hacia abajo y respiró profundamente varias veces con satisfacción. El Enjambre había salido victorioso. Se había conseguido.

Sus ojos brillantes parpadearon.